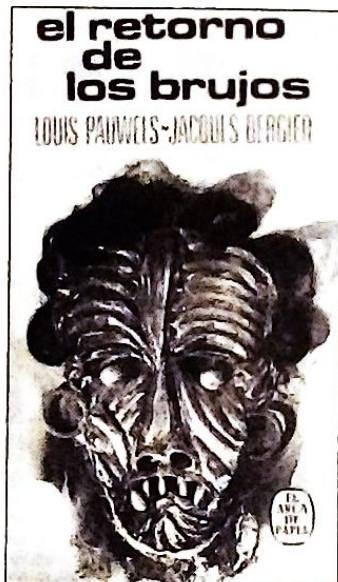


Louis Pauwels - Jacques Bergier:

## El retorno de los brujos:



### Redescubrimiento del espíritu mágico

Nos parece claro que la más alta, la más ferviente actividad del espíritu humano consiste en establecer "modelos" destinados a otra actividad del espíritu, mal conocida, difícil de poner en marcha. En este sentido puede decirse: todo es símbolo, todo es signo, todo es evocación de otra realidad.

Esto nos abre las puertas del infinito poder posible del hombre. Contrariamente a lo que crean los simbolistas, no nos da la llave de todas las cosas. Desde la idea de Trinidad, desde la idea de Más Allá del Fin, a la estatuita pinchada con alfileros del brujo campesino, pasando por la cruz, la esvástica, el rosellón, la catedral, la Virgen María, los "sores matemáticos", los guarismos etc., todo es modelo "maqueta" de lo que existe en un Universo diferente de aquel en que la maqueta ha sido concebida. Pero "las maquetas" no son intercambiables: un modelo matemático de presa entregado al computador electrónico no es comparable a un modelo de cohete supersónico. No todo está en todo. La espiral no está en la cruz. La imagen del bisonte no está en la fotografía con la que actúa el médium, el punto Omega del padre Teilhard no está en el Infierno del Dante, el manhir no está en la catedral, los números de Cantor no están en las cifras del Apocalipsis. Si bien hay maquetas de todo, todas las maquetas no forman un todo desmontable capaz de abrirnos el secreto del Universo.

Si los modelos más poderosos proporcionados a la Inteligencia en estado de vigilia superior son modelos sin dimensión, es decir ideas, hay que abandonar la esperanza de encontrar la maqueta del Universo en la Gran Pirámide o en el pórtico de Notre Dame. Si existe una maqueta del Universo entero, sólo puede existir en el cerebro humano, en la extrema punta de la más sublime de las inteligencias. Pero, ¿es que el Universo no puede tener otros recursos que el hombre? Si el hombre es un infinito, ¿no puede ser el Universo el infinito más otra cosa?

Sin embargo, el descubrimiento de que todo es maqueta, modelo, signo, símbolo, conduce al descubrimiento de una llave No la que abre la puerta del misterio insondable, que, o bien no existe, o bien está en manos de Dios. Una llave, no de certeza, sino de actitud. Se trata de hacer funcionar una Inteligencia "diferente" de aquella a la que son presentadas las maquetas. Se trata, pues, de pasar del estado de vigilia ordinaria al estado de vigilia superior. Al estado de alerta. No todo está en todo. Pero velar lo es todo.

## El hombre, este infinito

Cuando le hablaban del fin del mundo, Cherteston respondió: "¿Por qué tengo que preocuparme? Esto ya ha ocurrido varias veces". Después de un millón de años de vagar por el mundo, sin duda los hombres han conocido más de un Apocalipsis. La Inteligencia se ha apagado y ha vuelto a encenderse varias veces. El hombre camina a lo lejos por la noche, con una linterna en la mano, es alternativamente sombra y fuego. Todo nos invita a pensar que el mundo ha llegado una vez más y que hacemos un nuevo aprendizaje de la existencia inteligente en un mundo nuevo: el mundo de las grandes masas humanas, de la energía nuclear, del cerebro electrónico y de los cohetes interplanetarios. Tal vez necesitaríamos un alma y un espíritu distintos para esta Tierra diferente.

El 16 de septiembre de 1959, a las 22 h. 2 m., las radios de todos los países anunciaron que, por vez primera, un cohete lanzado desde la Tierra acababa de llegar a la Luna. Yo estaba escuchando Radio Luxemburgo. El locutor dio la noticia y pasó a la emisión de variedades difundida todos los domingos a dicha hora y que lleva por título: "La Puerta Abierta...". Salí al jardín a contemplar la Luna brillante, el Mar de la Serenidad en el que descansaban desde hacía uno segundos los restos del cohete. El jardinero también había salido. "Es tan hermoso como los Evangelios, señor..." Daba espontáneamente a la cosa su verdadera grandeza, colocaba el acontecimiento en su dimensión. Y me sentí muy cerca de aquel hombre, de todos los hombres sencillos que alzaban la vista al cielo en aquel minuto, dispuestos a maravillarse y a sentir una enorme y confusa emoción. "¡Dichoso el hombre que pierda la cabeza, pues la encontrará en el Cielo!" Al mismo tiempo, me sentía extraordinariamente alejado de las gentes de mi ambiente, de todos esos escritores, filósofos y artistas que se hurtan a tales entusiasmos bajo un pretexto de lucidez y de defensa del humanismo. Mi amigo Jean Dutourd, por ejemplo, notable escritor enamorado de Stendhal, me había dicho unos días antes: "Bueno, toquemos con los pies en el suelo y no nos dejemos distraer por esos trenes eléctricos para adultos". Otro amigo muy querido, Jean Glono, a quien fui visitar a Manosque, me había explicado que, al pasar por Comarles-Alpes un domingo por la mañana, vio al capitán de los gendarmes y al cura jugando a los bolos en el atrio de la Iglesia. "Mientras haya curas y capitanes de gendarmes que jueguen a los bolos, tendremos felicidad en la Tierra y estaremos mejor en ella que en la Luna" si;



todos mis amigos eran burgueses atrasados en un mundo en que los hombres, solicitados por inmensos proyectos a escala del Cosmos, empezaban a sentirse obreros de la Tierra. "¡Quedémonos en tierra!", decían. Reaccionaban como los tejedores en Lyon cuando se descubrió el telar mecánico: temían perder su empleo. En la Era que comienza, mis amigos escritores sienten que las perspectivas sociales, morales, políticas y filosóficas de la literatura humanista, de la novela psicológica, parecerán pronto insignificantes. El gran efecto de la literatura llamada moderna es que nos impide ser realmente modernos. En vano se empeñan en hacer creer que "escriben para todo el mundo". Sienten que se acerca el tiempo en que el espíritu de las masas experimentará la atracción de los grandes mitos, de los proyectos de formidables aventuras, y que, si siguen escribiendo sus historietas "humanas", enganarían a las gentes con hechos falsos en vez de contarles ficciones verdaderas.

Aquella noche del 16 de septiembre de 1959, cuando bajé al jardín y contemplé, con mis ojos de hombre maduro, con mis ojos fatigados y ávidos, la Luna que, en el cielo profundo, llevaría ya para siempre rastros humanos, fue doble mi emoción, porque pensé en mi padre. Levanté la mirada e hinché el pecho, como hacía él antaño, todas las noches, en nuestro mísero jardincillo de arrabal. Y, como él, me formulé la más importante de las preguntas: "Los hombres de esta Tierra, ¿somos los únicos?" Mi padre hacía esta pregunta porque tenía un alma grande y también porque había leído obras de un espiritualismo dudoso, fábulas primarias. Yo la hacía leyendo la Pravda y las obras de ciencia pura, y frecuentando a gentes sabias. Pero, bajo las estrellas, se encontraban nuestros rostros invertidos, llevados por la misma curiosidad que acompaña a una infinita dilatación del espíritu.

Louis Pauwels - Jacques Bergier en

El retorno de los brujos

